

LA CORBATA DE LAZO

(CUENTO)

—¿Pero es posible?—exclamó la que iba a ser mi mujer aquel mismo día, al verme aparecer bajo el dintel de la puerta.

Mi futura vestía un elegante traje blanco de desposada, y Justina, mi «cuñadita», como yo la llamaba con cierto retintín, ocupábase en prenderle en el pecho, junto al corazón, el simbólico ramo de azahar.

No era la Venus de Milo, precisamente, mi novia, pero tenía buena facha, el pelo negro y lustroso, algo descoloridilla cuando las artes del tocador no habían sido aun empleadas, y la figura, de tan esbelta, quebradiza casi. Justina era también ahilada como un junco, cetrina de color, con los ojos muy brillantes e inquisitivos y una expresión de cara, más antipática que seductora.

—No sé que quieres decir—repuse no dándome por enterado.

Justina se volvió hacia mí, y al verme dibujósele una irónica sonrisilla en los labios.

—Pues debías haberme comprendido en seguida—observó mi futura a la vez que fijaba sus ojos en mi corbata; y ya con acento colérico casi, pues el momento en que nos encontrábamos, vestidos ambos para la ceremonia, obligóla a constreñir en todo lo posible su indignación, pero no lo bastante para que pasara inadvertida, siquiera respecto de algunos invitados que aguardaban en la pieza contigua, añadió:—Hace falta ser todo lo obstinado que eres, para venir con corbata de lazo, a pesar de cuanto ocurrió ayer.

Esto requiere una explicación. El día antes habíamos salido de compras mi futura, mi «cuñadita» y yo. Las últimas pequeñas necesidades habían sido resueltas. Los guantes blancos que yo precisaba para la ceremonia; unas zapatillas de abrigo; un cepillo de la cabeza; unas tenacillas de rizarse el pelo, para la que iba a ser mi mujer, y una corbata de lazo para mí.

—Oye, no pensarás ponértela mañana—aventuró mi futura al vérmela comprar.

—¿Qué inconveniente hay en ello?—repliqué extrañado.

—Que no se estilan en esta clase de ceremonias—opuso élla.

—¿Ah, pero también hay reglas que regulen el uso de esta prenda de vestir?—redargüí sorprendido.

—Naturalmente—intervino Justina.—Si todo el mundo se casa con *plastrón*, ¿por qué has de ponerte tú otra clase de corbata?

Me molestó el tono entre censorio e imperativo en que había pronunciado las anteriores palabras, y la dije algo zumbón:

—Razón de más para que me ponga esta corbata. Salirse de lo corriente ha sido siempre señal de distinción y buen gusto.

—Pues entonces, ponte mañana también esas zapatillas que te has comprado. No creo que a nadie se le haya ocurrido, hasta ahora, casarse en zapatillas.

—No es lo mismo—opuse yo a la vez que pagaba al dependiente y recogía de sobre el mostrador cuanto acababa de adquirir—. Ir en zapatillas sería

una verdadera extravagancia. Una irreverencia respecto del templo en que nos van a echar la bendición, y una falta de respeto a los invitados, que al verme de esa guisa supondrían que habría perdido el juicio o poco menos.

Ya en la calle seguimos porfiando.

—¿Y en qué libro, tratado o como queráis llamarlo, habéis visto que es de mal tono casarse con corbata de lazo?—reanudé con la misma zumba que al principio había empleado para responder a mi «cuñadita».

—En ninguno—contestó mi futura—. Basta con tener los ojos abiertos y observar lo que ocurre en torno nuestro. Pero tú, o nos estás tomando el cabello o los tienes cerrados de tal modo, que no te enteras de las modas imperantes, y serías capaz de casarte, no solo con corbata de lazo, sino de levita incluso.

—Yo no creo en los dictados de la moda—le repuse muy serio—. Si la moda es racional, y no siempre lo es, la admito y comparto, no porque sea moda, sino porque es racional. Una cosa es ser elegante y otra ir a la moda. Hay muchas modas que no son elegantes, porque la elegancia es algo que tiene ya que ver con la belleza; en cambio, la moda puede ser, y lo es, en la mayor parte de los casos, una extravagancia del modisto, del sastre, de la sombrerera o del fabricante, extravagancia que encuentra campo abonado, para florecer y desarrollarse, en la imbecilidad del público.

—Tienes unas ideas detestables y es lástima que me haya enterado de ello tan tarde—comentó mi futura entre bromas y veras.

—¿Quieres decirme que es elegante, en sentido de bello—insistí—pintarse las uñas de encarnado? ¿Depilarse las cejas y convertir su armonioso arco en casi una línea horizontal? ¿Teñirse de rubio platino los cabellos o de color caoba? Si hubiérais leído a Fenelón, sabrías que a la naturaleza se la debe ayudar, pero no se la debe contradecir, y mientras no haya uñas rojas, ni violeta, ni naranja, y sí de un nácar sonrosado; ni pelo rubio platino, como no sea el que más se le parece, el de los albinos; ni cejas horizontales, sino de dulce y bella curvatura, todo eso que hacéis las mujeres para embelleceros es atentar contra la naturaleza, y proclamar el desatino y mal gusto como leyes del tocador y del atavío personal.

—Pues mira, chico—intervino de nuevo Justina con mal encubierta indignación—si mañana te presentaras en la Iglesia con corbata de lazo y fuera yo la que iba a ser tu esposa, renunciaría a tu mano con tal de no autorizar con mi beneplácito tamaña cursilería.

La gente que pasaba junto a nosotros empezó a mirarnos. Tan desusado era el tono de nuestras palabras.

—Lo cursi—me disparé—será vivir al dictado de los demás; carecer de gusto propio, de libertad para adoptar la moda que nos guste y rechazar la que nos desagrade; ser uno más en medio de esa muchedumbre de idiotas, que visten así o así porque van de ese mismo modo vestidos los que se creen árbitros de la elegancia. Las individualidades vigorosas no se doblegan a ese borreguil concepto de la moda. No hemos de ser todos iguales, es lo que se me ocurre pensar a mí cuando discrepo de la ley general. Que todos van de *plastrón*, pues yo... de lazo.

No se volvió a hablar más de este asunto. Pero durante el trayecto que hubimos de recorrer hasta llegar a casa, apenas despegamos los labios ninguno de los tres.

Aquella noche no dormí. Inquieto, desasosegado, como si me hicieran

cosquillas dentro del cuerpo, ora hundía la cabeza en la almohada y me la cubría con el embozo, ora echaba para abajo la ropa y adoptaba una posición horizontal y meditativa: los brazos bajo la nuca, entre la cabeza y la almohada, y los ojos abiertos, perdidos en la oscuridad del cuarto. «¿Qué haría al día siguiente? ¿Me pondría la corbata de lazo? ¿Renunciaría a ponerme para complacer de este modo a mi futura? ¡Había cedido tantas veces a los gustos de ella! ¿Qué importaba ceder una vez más? ¿No es la vida eso precisamente: concesión, transacción, arreglo, componenda, tan pronto surge el diálogo, si no queremos monologar siempre y quedarnos al borde del camino de todas las cosas?»

Vuelta a la derecha en la cama.

«Pero transigir a cada paso, someterse constantemente a los imperativos de los demás, como si siempre estuviéramos equivocados en nuestros juicios y fuesen detestables nuestros gustos, risibles nuestras inclinaciones, disparatados nuestros deseos... El motivo de la disputa había sido baladí. ¡Qué más me daba a mí ponerme una corbata de lazo, de nudo o *plastrón*, e incluso ir sin ella o con un pañuelo al cuello! Me molestaba, eso sí, el tono reprobatorio, admonitorio, de mi «cuñadita». Aquel decir dicaz e incluso melévolico con que solía argüirme siempre. Lo cogotuda que era y sobre todo, la tiranía que ejercía sobre mi futura mujer, de su mismo carácter también... no en vano eran hermanas... pero no tan adusto y esquinado».

Vuelta a la izquierda.

«¡Que la elección de corbata fuese el obstáculo que se opusiera a la realización del matrimonio, no dejaba de tener cierta gracia! Y, vamos, que se armaba un espanto si llegaba al día siguiente, hoy, pues ya debían de ser más de las dos de la noche, a la iglesia, con mi corbata de lazo, era tan seguro como que nos tenemos que morir más tarde o más temprano. Pero bajo aquella pueril apariencia del caso, existía una verdad trascendente. La corbata de lazo surgiría constantemente bajo formas diversas, a lo largo de la vida conyugal. Hoy sería esto, mañana aquello, al otro lo de más allá. Mi voluntad estaría hipotecada, trabada por mil odiosos gravámenes. Que yo decía blanco, pues ella diría negro. Que me molestaba y me aburría la vida de relación, llena de hipocresía y malignidad, pues de *chaquet* por la mañana, y de *frac* por la noche, y vengan solemnidades, fiestas, comidas, teatros y veladas. Que a mí me gustaba cenar temprano, pues a ella tarde; que prefería el «flexible», porque es más cómodo, porque se adapta mejor a la cabeza y porque es más sencillo, humano y democrático, pues a mi mujer le parecería mejor el «hongo», que es más elegante, severo y aristocrático. Y que si patatín y que si patatín yo, pues ella, que si patatán y que si patatán...»

Vuelta a la derecha.

«¿No sería esta obstinación por motivo tan fútil una subconsciente repulsa del matrimonio?, pensé. Casarse en las proximidades de los cuarenta años no es cosa que ocurra todos los días. ¿Qué ha sido siempre el matrimonio sino una carga onerosa? Para gozar de las primicias del amor a esa edad es necesario haber estado tonto antes, pues a nadie se le ocurre coger del árbol una fruta cuando empieza ya a reventarse».

Vuelta a la izquierda.

«Pero esto tenía que haberlo pensado antes», me dije, a la par que encendía la luz de la lámpara que había sobre la mesilla de noche. La habitación quedó envuelta en una dulce claridad dorada.

A las cuatro o cosa así,—había oído dar las tres, hacía bastante tiempo, en el reloj del comedor,—logré llegar a una solución ecléctica. Me pondría la corbata de lazo; pero antes de ir a la iglesia subiría al piso de mi futura—vivíamos en la misma casa y a esta circunstancia se debió nuestro compromiso matrimonial—a ver que efecto les hacía a ella y a mi «cuñadita» el lazo que me habría hecho a la corbata. Si se armaba la gorda, como era de suponer, transigiría con sustituir la corbata de lazo por otra de nudo que llevaría a prevención en el bolsillo del *chaquet*, pero en ningún caso, pasara lo que pasara, me pondría el *plastrón*.

Con esta fórmula transaccional, que en aquel estado de duermevela en que empezaba a entrar, me pareció muy juiciosa, di por concluida toda reflexión, y al poco rato me quedé dormido como un bendito.

A las nueve de la mañana me llamó el criado. Yo vivía solo, sin más parientes que unos hermanos de mi madre, que residían en San Vicente de la Barquera y con los que sostenía, más por cumplido que por afecto, espaciadas relaciones epistolares.

Me acicalé lo mejor que pude, y con cierto temblor de las manos me hice, ante el espejo, el lazo de la corbata. Estábamos citados a las diez y media en el templo. Pretexté un quehacer arriba: examinar unos papeles que había dejado la noche antes sobre la mesa del despacho de mi futuro suegro y que debía firmar con anterioridad a nuestro enlace, para estar libre ya de esta preocupación. Después entré en la sala donde se encontraban algunos invitados de confianza. Casi todos gente de la familia de mi novia. Nos saludamos y como viese por la puerta entreabierta del gabinete inmediato a mi «cuñadita» que con el ramo de azahar en la mano, se dirigía a su hermana, para prendérselo en el lugar adecuado del pecho, me situé bajo el dintel y di un ligero golpe de tos para hacerme notar.

Ya sabe el lector lo que sucedió entonces. Fáltale conocer, tan solo, el final de la escena.

Mi «cuñadita» que se había, sin duda, pinchado un dedo de la mano, al prenderle el ramo de azahar a mi futura, se lo chupaba con cierta fruición. Yo, un poco turbado, miraba a una y a otra sin decir palabra. Mi novia, dando un golpecito con su pie breve, calzado de lindo zapato de raso, en el suelo, me interrogó ahora entre mimosa y reprobatoria:

—Es una broma ¿verdad?

Justina con su insolencia de siempre, tan peligrosa en aquellos momentos decisivos, exclamó:

—Pues es una broma de mal gusto.

Fué el punto de apoyo que necesitaba Arquímedes para mover el mundo. Estaba yo tan profundamente turbado, que lo más fácil, de no haber intervenido mi «cuñadita», es que hubiera cedido una vez más, como tantas otras veces había hecho en cuestiones de más monta.

—No es una broma—repuse en tono más bien severo—. Si yo transigiese con este detalle al parecer intrascendente, habríamos labrado para siempre nuestra desdicha. No soy yo quien debe ceder, sino tu hermana. Mientras dos países fronterizos se respetan mutuamente, no invadiendo el uno el terreno del otro, todo va bien. Pero en cuanto traspasa cualquiera de ellos la frontera, se acabó la paz. Tú—añadí dirigiéndome ya a mi novia—has invadido mi terreno. Y si en cosa tan baladí como ésta te muestras tan intransigente, ¡qué no ocurrirá cuando la cuestión que se ventile corresponda más a tu

persona que a la mía y te consideres más obligada aun, entonces que ahora, a sostener tu opinión!

Mi suegra que nos había oído desde la sala disputar, vino a ver qué ocurría. Cuando se enteró de la razón de nuestra discrepancia, no pudo por menos de llevarse las manos a la cabeza.

—¿Pero, habéis perdido el juicio?—exclamó.

Seguimos porfiando. La exaltación que poníamos en nuestras palabras despertó la curiosidad de mi suegro. Se acercó a nosotros, pues estaba haciendo los honores de la casa a los invitados que había en la sala, y cuando supo lo que sucedía terció en la discusión a título de poder moderador o juez de paz.

Todo fué inútil. Nuestras actitudes eran cada vez más inconciliables. Nos disparábamos las razones como andanadas. A mi suegra estuvo a punto de darle un patatús. Creí llegado entonces el momento de echar mano de la fórmula transaccional, que ya conoce el lector, y con acento más bien solemne observé:

—Depongamos en obsequio de nuestros padres, nuestras actitudes opuestas y lleguemos a una fórmula. Ni corbata de lazo, ni *plastrón*—y al mismo tiempo saqué del bolsillo del *chaquet* la corbata de nudo que tenía dispuesta al efecto y desliándola, exclamé:—Me pondré ésta.

—He dicho que no—replicó, testaruda e inabordable, mi novia—. No hay razón alguna que me obligue a ceder en este punto. Si no me complaces ahora y en un día tan señalado como este, ya sé lo que me esperará más tarde.

—Pero comprende, hija mía—terció mi futura madre política, que había recobrado algo el dominio de sus nervios—que es mucho más ridículo suspender la boda por motivo tan pueril que ir a la iglesia con corbata de lazo.

—Si mi *plastrón* puede servir a ustedes de algo—exclamó de pronto uno de los invitados, que había oído nuestra disputa, pues no nos rescatábamos ya de hablar en voz alta.

—De ningún modo—repuso mi suegro impidiendo que se lo quitara—Si lo que hace falta es un *plastrón* allá va el mío—y se lo deshizo con ostensible nerviosismo, en un dos por tres, sin darme tiempo a evitarlo.

—Ya veréis, querida esposa y queridísima «cuñadita»—observé—que si personas tan distinguidas como vuestro padre y como este caballero, no tienen el menor inconveniente en despojarse de su *plastrón* y ponerse en cambio cualquiera de estas dos corbatas mías, no será tan cursi el ir a la Iglesia con una de ellas.

Mi novia, que a duras penas había conseguido hasta este instante gobernar sus nervios, se afianzó con ambas manos al velo de desposada y tiró de él con tal fuerza, que lo rasgó por la mitad. Después avanzó hacia la puerta de la sala y ya bajo el dintel, exclamó:

—Señores, pueden Vds. marcharse si gustan. En este momento ha quedado roto nuestro compromiso matrimonial.

Gestos de asombro en los circunstantes; gritos de la que iba a ser mi suegra, que acabó perdiendo el sentido; actitud circumspecta, pero extraña, del padre de mi novia, que, debido sin duda a la precipitación con que se había quitado la corbata para ofrecérmela, se le había soltado uno de los extremos del cuello de pajarita y parecía como si le trepara por el carrillo, e improperios terribles de mi «cuñadita» Justina, que estuvo a punto de arañarme.

Jamás estuve yo, en cambio, más dueño de mí mismo. Lié la corbata de

nudo con flemática tranquilidad y me la metí en el bolsillo del *chaquet*. Después hice una ligera inclinación de cabeza a la que iba a haber sido mi familia, y me retiré del gabinete. Pero tan pronto salí del piso, mi turbación fué tan grande que en vez de bajar al mío me puse a subir las escaleras y no paré hasta llegar al ático.

Al día siguiente, ya más tranquilo, salí a la calle y me compré un primoroso estuche. En él guardé mi corbata de lazo, y todos los 19 de Noviembre que es la fecha en que íbamos a casarnos, así que me levanto diríjome al armario, saco el estuche de uno de los cajones, lo abro, contemplo un rato el lazo, y exclamo antes de volverlo a guardar:

—¡Oh, lazo mío!... ¡Tú me evitaste el caer en otro lazo que hubiera sido para toda la vida!

P. ROMERO MENDOZA.

NUNQUAM

Lasciate ogni speranza
ALIGHIERI

Ni en esta vida ni en la otra... ¡Nunca!

Ene, U, Ene, Ce, A...

Nunca jamás he de volver a verte;

nunca jamás a verme volverás...

Sortilegio de horror que los dioses no vieron
ni el terrible Atrihman consiguió imaginar:
tu cadáver y el mío volando encadenados
al Zenith y al Nadir en su eterno rodar.

Una puerta de acero
cuya llave hace tiempo tragó el mar;
un terrible *lasciate* a cada lado
y un infierno hacia aquí y otro hacia allá:
La tremante tiniebla que te aguarda,
la atroz ceguera que en mi busca va.

Hallarnos algún día
vernos una vez más:
Imposibles más grandes que la Nada,
pozos más hondos que la Eternidad.

Tu y yo: ápex y antiápex,
Más y Menos de un campo fantasmal;
vacío de galaxias que se alejan
por el negro infinito sideral...

Nuestro beso fundióse en el pasado
dejando en su lugar
una mar sin orillas y sin fondo
y un Maelström de horrendo gurgitar,
y un gran buitre que aúlla en las alturas:
¡Ene, U, Ene, Ce, A...!

CARLOS CALLEJO.